

LAS TRADICIONES DE LA SOCIALDEMOCRACIA*

Paul Ormerod

Paul Ormerod sostiene que no hay evidencia empírica que avale el contraste entre la próspera economía estadounidense y las agotadas economías socialdemócratas de Europa que Michael Novak presenta en su ensayo “La crisis de la socialdemocracia”. El problema del desempleo en Europa se relaciona con problemas estructurales que tienen que ver, en rigor, con la aplicación de estrictas políticas monetarias durante largos períodos de tiempo, las que se tradujeron en tipos de cambio en extremo sobrevaluados, que ocasionaron contracciones de la rentabilidad y reducciones de la tasa de crecimiento a más largo plazo. Tampoco resulta evidente, agrega Ormerod, la conexión que establece Novak entre las políticas de seguridad social del Estado benefactor y el deterioro de la familia tradicional. Sin embargo, el aumento en la tasa de divorcios sí es un tema de preocupación, porque impone costos al resto de la sociedad que no

PAUL ORMEROD. Presidente de Post-Orthodox Economics desde 1995. Su libro *The Death of Economics* fue publicado por Faber and Faber en 1994 y se ha traducido a diez idiomas. Recientemente apareció su segunda parte, *Butterfly Economics* (1998).

* Comentario al ensayo de Michael Novak “La crisis de la socialdemocracia”, que se reproduce también en esta edición. Véanse en este número, a su vez, los comentarios de Anthony Giddens y John Lloyd, y la réplica de Michael Novak a sus comentaristas.

Publicado originalmente en *Is There a Third Way? Essays on the Changing Direction of Socialist Thought. Choice in Welfare* N° 46 (Londres: © The IEA Health and Welfare Unit, 1998). Traducido del inglés por *Estudios Públicos* con la debida autorización.

son absorbidos por los individuos directamente afectados. En consecuencia, revertir esta tendencia debiera ser materia de políticas públicas.

Según Ormerod, Novak no logra comprender que la socialdemocracia europea siempre ha sido, en la práctica, sólo otra especie de un género más amplio que es el capitalismo; es más, en muchos sentidos, Adam Smith fue uno de los primeros socialdemócratas de la era moderna. Sin embargo, concluye el autor, parece absurdo sostener que en una época de riqueza y prosperidad sin precedentes, las naciones occidentales no sean capaces de financiar el Estado benefactor, como también resulta ingenuo permanecer estancados en un modelo de progreso que resultó ser válido a fines del siglo pasado.

El ensayo de Michael Novak es un ejemplo típico del triunfalismo fuera de lugar que hoy caracteriza a la derecha estadounidense. Allí se establece un contraste entre la poderosa y exitosa economía norteamericana de mercado, con su baja tasa de desempleo, y las izquierdistas y agotadas economías de Europa, cuya confianza y voluntad de trabajo son socavadas por la carga financiera y moral que impone el Estado benefactor.

La realidad es algo más compleja. Es cierto que como caso aislado la economía estadounidense ha sido con mucho la más poderosa e importante del mundo durante la mayor parte del siglo. Y los niveles de vida *promedio* en la nación norteamericana siguen siendo más altos que en otros países del mundo industrializado. La comparación más sistemática y exhaustiva de estos parámetros a través del tiempo y de los países fue publicada por Angus Maddison en 1995¹. Según sus cálculos, al promediar la década de 1990 el ingreso real per cápita en los Estados Unidos era casi un 25% mayor que en los principales países de Europa continental, como Francia, Alemania (Occidental) e Italia.

Pero en lo referente a las tasas de crecimiento de las distintas economías, que Novak invoca por considerarlas un reflejo más imparcial del dinamismo subyacente que caracteriza a una economía y sociedad, los Estados Unidos no salen particularmente airoso de las comparaciones internacionales. La Tabla N° 1 exhibe las tasas de crecimiento del ingreso per cápita nacional, en dólares reales, de los Estados Unidos y de las principales economías europeas en diferentes períodos.

¹ A. Maddison, *Monitoring the World Economy, 1820-1992* (1995).

TABLA N° 1: TASAS ANUALES DE CRECIMIENTO DEL INGRESO NACIONAL REAL PER CÁPITA

| Período | Estados Unidos | R. Unido | Francia | Alemania | Italia |
|-----------|----------------|----------|---------|----------|--------|
| 1900-1997 | 1,8 | 1,4 | 2,0 | 1,9 | 2,4 |
| 1950-1997 | 2,0 | 2,0 | 2,7 | 3,3 | 3,5 |
| 1980-1997 | 1,6 | 1,8 | 1,4 | 1,6 | 1,6 |

Fuente: Madison para los datos del período 1990-1994; y las estimaciones del autor para el período 1995-1997 se basan en las cuentas nacionales de la OCDE.

Nota: el ingreso se mide en dólares Geary-Khamis de 1990.

Cada fila de la Tabla cuenta su propia historia. La primera, donde aparecen las tasas de crecimiento en el curso del siglo 20, muestra que las economías de Europa continental crecieron a un ritmo ligeramente más rápido que la de los Estados Unidos en el largo plazo. En otras palabras, el liderazgo norteamericano en el nivel de vida fue establecido ya en 1900 y éste se ha erosionado en vez de mantenerse a lo largo de este siglo, a pesar del inexplicable apego que los decendientes europeos sienten por los conceptos de equidad y Estado benefactor.

La segunda fila muestra el crecimiento promedio anual desde 1950, período en el que los Estados benefactores europeos alcanzaron su apogeo. Lejos de anquilosar el dinamismo de las economías, el Estado benefactor europeo ha coexistido con tasas de crecimiento extraordinariamente rápidas a lo largo de medio siglo. Por supuesto, el período de expansión más rápida fue el de los años cincuenta y sesenta, cuando Europa era reabastecida tras la devastación de la guerra, por lo que sólo cabía esperar una época de recuperación del tiempo perdido y de crecimiento acelerado. Sin embargo, esta evidencia no permite establecer con claridad que Europa haya sido socavada por la dependencia de la políticas sociales del Estado benefactor.

Por cierto, Novak, al igual que muchos seguidores de la derecha libremercadista, sostiene que se requiere tiempo para registrar estos efectos adversos, citando a modo de evidencia una conversación que sostuvo con el economista sueco Gunnar Myrdal. Ahora bien, en la última fila de la Tabla N° 1 aparecen las tasas de crecimiento comparativas desde 1980, año en que Reagan fue elegido presidente². A Estados Unidos le ha ido algo mejor durante este período, pero su crecimiento aún no ha sido más rápido que el

² A modo de aclaración, las tasas de crecimiento representan el crecimiento anual promedio del nivel de ingresos desde, por ejemplo, 1980 hasta el nivel registrado en 1997. En otras palabras, el crecimiento en 1980 propiamente tal *no* se incluye en la cifra.

de Alemania Occidental o de Italia, países estos últimos que mantienen un profundo apego al concepto de Estado benefactor.

Durante gran parte del siglo 20, y sin duda desde 1945, los sucesivos gobiernos europeos, bajo una amplia gama de signos políticos, han estado integrados casi en su totalidad por socialdemócratas novakianos. Según Novak, se trata de una receta infalible para el fracaso económico: los socialdemócratas han “centra[do] más sus energías en ayudar a los necesitados que en generar crecimiento y oportunidades”. Han dado “mayor prioridad a la redistribución que a los incentivos que recompensan los logros” (pp. 22-23). Lo anterior suena bien como retórica política, pero no concuerda con la evidencia empírica. Los debilitados países socialdemócratas han crecido con la misma rapidez, y en su mayor parte en forma más acelerada, que los Estados Unidos libremercadistas.

En el ensayo de Novak no se observa ningún indicio de que él esté consciente de esta sencilla pero, desde su punto de vista, devastadora evidencia. En vez de ello, se nos ofrecen largos pasajes de aseveraciones formuladas por el Papa, cuya profunda comprensión de la teoría económica de la dinámica del capitalismo es, por supuesto, de todos conocida.

También se nos ofrecen prolongados análisis que *predicen* que el modelo europeo de socialdemocracia perderá su validez en el futuro. Eso quizás pueda suceder o no, pero una predicción *no* constituye evidencia. A decir verdad, el propio Novak se esfuerza por establecer que algo del todo imprevisto puede ocurrir súbitamente, citando como ejemplos la caída del sha de Irán y el colapso del muro de Berlín. En vista del récord verdaderamente escalofriante establecido por pronosticadores económicos que vaticinan el crecimiento económico con sólo *un* año de anticipación³, los argumentos basados en predicciones de tasas de crecimiento a más largo plazo realmente carecen de todo valor. La debacle ocurrida hace poco en Asia Oriental confirma este argumento de manera muy concluyente. En fecha reciente, mayo de 1997, el FMI pronosticaba un crecimiento de 7% para la región en el año 1998, y el modelo asiático era elogiado como la vía del futuro.

Esto no quiere decir que todo funciona bien en la socialdemocracia europea. La erosión del modelo de familia tradicional es motivo de preocupación, no por razones morales, sino por motivos funcionales. Como señalo en un trabajo que escribí junto con Bob Rowthorn, de la Universidad de Cambridge⁴, el aumento en la tasa de divorcios impone costos al resto de la

³ Véase, por ejemplo, *Economic Outlook*, de la OCDE, junio de 1993, para una evaluación, durante un período prolongado, del registro de predicciones de los gobiernos del G7 y del FMI.

⁴ P. Ormerod y R. Rowthorn, “Keep it in the family” (1996).

sociedad que no son absorbidos por los individuos directamente afectados, de modo que resulta válido considerar los intentos de revertir esta tendencia como tema propio de las políticas públicas. Sin embargo, no es preciso ahondar ahora en este debate para concluir que no se advierte una conexión entre el alcance *general* del Estado benefactor y el grado de deterioro del modelo de familia tradicional en todos los países. Algunos de los cambios más profundos han ocurrido en países con un grado de apego al Estado benefactor diametralmente opuesto, a saber: Estados Unidos y Suecia. Tanto Estados benefactores débiles como fuertes han experimentado grandes cambios en la estructura familiar.

Para ser más específicos, y tal vez resulte paradójico dada la evidencia presentada en la Tabla N° 1, durante las dos últimas décadas Europa sufrió un grave problema de crecimiento inadecuado. Al igual que las políticas referentes a la familia, este tema merece que se le dedique un trabajo completo; así pues, los argumentos expuestos aquí son inevitablemente condensados.

Hay mucho que admirar de Estados Unidos. Históricamente, el pueblo norteamericano se ha caracterizado por su confianza, inventiva y optimismo. Como ocurre en cualquier nación, de vez en cuando los estadounidenses se ven acongojados por sentimientos de inseguridad, pero en términos generales suelen tener un concepto de la vida más optimista que los europeos. Al fin y al cabo hay que tener en cuenta que, a diferencia de los Estados Unidos, el viejo continente fue devastado dos veces en este siglo por grandes guerras que dejaron como saldo millones de muertos. Una clara conciencia de esa historia, por ejemplo, es una de las principales bases de sustentación del actual descaminado proyecto de unificar política y económicamente a Europa. Para usar un tono más utilitarista, costaría imaginarse que una empresa como Microsoft pudiera emerger en Europa y alcanzar un predominio a nivel mundial tan rápidamente⁵.

Pero incluso teniendo en cuenta lo anterior, si se considera el conjunto de la economía, durante las dos últimas décadas la productividad ha crecido en los Estados Unidos a un ritmo más lento —y no más rápido— que en la Europa socialdemócrata. Desde 1980, en Estados Unidos y Euro-

⁵ Aun cuando es difícil que no nos cause gracia el relato del señor Novak sobre la cena que ofreció, en que a todos los invitados les pareció razonable pensar que el año 2000 el índice Dow Jones llegaría a 11.000. Esta situación trae a la memoria una escena de *Enrique IV*, de Shakespeare, cuando Owen Glendower afirma que es capaz de invocar a los espíritus de las profundidades abismales. Cualquiera puede, ¿pero cuántos espíritus acuden cuando se los invoca?, fue la réplica. Y si bien los invitados del señor Novak tienen todo el derecho a emitir su opinión, ¿cuántos de ellos han ratificado su confianza colocando grandes cantidades de su propio dinero en los mercados de futuros basándose en sus predicciones?

pa se han registrado tasas similares de crecimiento económico per cápita. En la nación norteamericana ello ha propiciado una baja en el desempleo, en tanto que éste ha aumentado en forma substancial en Europa. Dicho de otro modo, para evitar que el índice de desocupación aumente con el tiempo, Europa necesita tasas de crecimiento más rápidas que la estadounidense, ya que su productividad subyacente crece más rápido. Se requiere un mayor crecimiento de la producción para crear la misma cantidad de empleos.

Hoy es un lugar común atribuir el problema anterior a ‘rigideces’ de los mercados laborales europeos, en contraste con el estadounidense, que es ‘flexible’. El economista y Premio Nobel estadounidense Robert Solow refutó en forma enérgica esta posición en una conferencia que dictó en noviembre de 1997 en la British Academy⁶, al sostener que el mercado laboral norteamericano se ha vuelto menos flexible en los años ochenta, pero que no hay evidencia en cambio de que tal cosa haya ocurrido en Francia y Alemania.

Aun cuando la opinión convencional tiene cierto grado de validez, las tasas de crecimiento inadecuadas tienen mucho menos repercusión en el desempleo. En la Figura N° 1 se grafican los cambios registrados en el índice promedio anual de desempleo durante el período anterior y posterior a la crisis petrolera comparados con los cambios registrados en la tasa de crecimiento promedio en una amplia gama de economías de la OCDE.

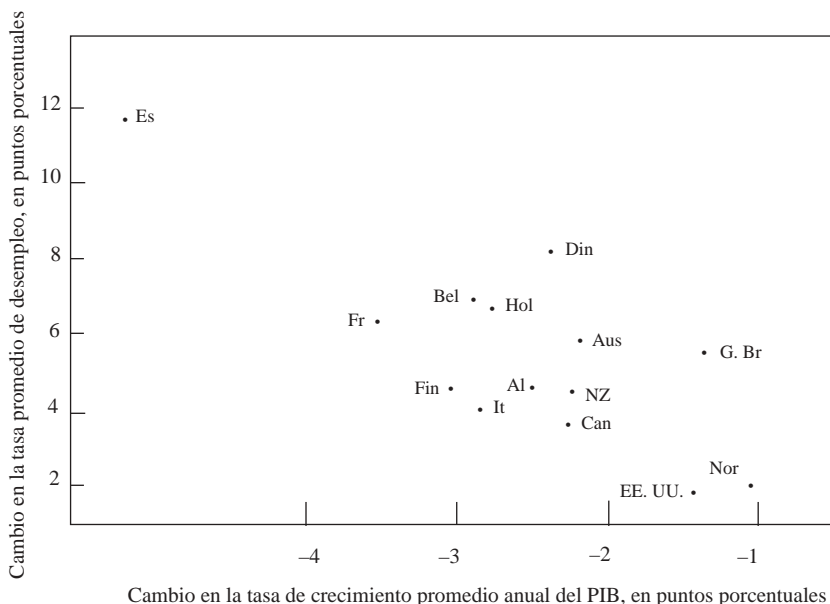
En el curso de las dos últimas décadas, el crecimiento promedio del PIB ha disminuido en todos los países, a la par que ha aumentado el desempleo. El Gráfico N° 1 muestra que hay una clara conexión entre ambas variables. Mientras más baja el crecimiento, más se eleva el índice de desempleo. Por ejemplo, en un extremo podemos ver a España, en el sector superior izquierdo del gráfico. Si leemos hacia abajo las cifras del eje horizontal, comprobaremos que el crecimiento promedio anual del PIB en España fue sobre 4 puntos porcentuales menor en el período 1974-1995 que entre 1960 y 1973. Y al leer el gráfico verticalmente, vemos que en España el índice de desempleo subió casi más de 12 puntos porcentuales. En contraste, en el otro extremo, el crecimiento promedio tanto en Estados Unidos como en Noruega cayó en no mucho más que un punto porcentual, y el alza del índice de desempleo en ambos países ha alcanzado un promedio de sólo dos puntos porcentuales.

En todos los países de la OCDE la disminución del ritmo de la tasa de crecimiento durante el período posterior a la crisis petrolera explica el

⁶R. Solow, Conferencia sobre Keynes, British Academy, 1997.

75% del aumento en el índice de desempleo. Tres países socialdemócratas fueron excluidos del Gráfico —Austria, Portugal y Suecia—, en los cuales el alza del desempleo fue muy *pequeña* en comparación con el deterioro de la tasa de crecimiento. Y en Japón, asimismo, se logró frenar el aumento del desempleo⁷. La experiencia de los Estados Unidos es un ejemplo típico de la OCDE en su conjunto. En vista de la caída en el crecimiento estadounidense desde mediados de los años setenta, el cambio en el índice de desempleo es casi enteramente explicable. El crecimiento norteamericano ha disminuido menos que en casi todos los demás países de la OCDE, pero durante el período previo a la crisis petrolera fue mucho *más lento* que en otras naciones.

GRÁFICO N° 1: CAMBIO EN LA TASA DE DESEMPLEO PROMEDIO Y EN EL CRECIMIENTO ECONÓMICO (ECONOMÍAS DE LA OCDE, 1974-1995 EN 1960-1973)



⁷ Los actuales problemas de Japón derivan de las especulaciones financieras de fines de los años ochenta, y no de 'rigideces' del mercado laboral.

En suma, se requiere una tasa de crecimiento más rápida para solucionar el problema de cesantía en Europa, lo cual, sin embargo, no se logrará aplicando las llamadas políticas keynesianas de manejo de la demanda⁸. Por el contrario, es necesario resolver problemas estructurales de más largo plazo que tienen que ver con la rentabilidad de las empresas europeas.

En Europa las utilidades se han recuperado desde que llegaron a un nivel bajo en 1980, pero siguen siendo inadecuadas en dos aspectos particulares. Primero, la participación *promedio* en los beneficios del ingreso nacional durante este período fue mucho menor que en los años sesenta y principios de los setenta. Lo anterior sólo puede contribuir a restar entusiasmo por las expectativas a largo plazo —los “espíritus animales” de Keynes—, que son el motor del capitalismo.

En segundo lugar, en comparación con los Estados Unidos, las utilidades tienden a acumularse en las industrias más resguardadas y protegidas, de modo que el incentivo para innovar y expandirse es menor en Europa que en los Estados Unidos, cualquiera sea el nivel general de rentabilidad.

La falta de una tasa de utilidad apropiada en Europa obedece a motivos complejos, pero en buena medida este problema ha sido autoinfligido. Entre los preparativos para la unión monetaria —que se remontan cerca de 20 años, cuando se adoptó el primitivo Mecanismo del Tipo de Cambio—, se contempló la aplicación de estrictas políticas monetarias durante largos períodos. Una consecuencia de lo anterior fueron los tipos de cambio excesivamente sobrevaluados, fenómeno que ha sido posible revertir, de manera parcial, sólo en época muy reciente. Por ejemplo, entre principios de los años ochenta y mediados de los noventa el marco aumentó su valor en términos reales en casi 35% en relación con el dólar. Y una lección que podemos aprender de la historia económica es que los largos períodos de sobrevaloración del tipo de cambio derivan en una contracción de la rentabilidad y en reducciones de la tasa de crecimiento a más largo plazo.

En resumen, cada una de las distintas variedades de capitalismo tiene sus propias y particulares ventajas y desventajas, y todas parecen ser sistemas perfectamente viables. No hay nada peculiar en la situación actual que nos pudiera llevar a creer que el modelo socialdemócrata ya no es sustentable. La innovación tecnológica barre por completo con empleos e industrias y eso de ninguna manera es un fenómeno nuevo. En rigor, es

⁸ Para argumentos técnicos de por qué éste es el caso, véase, por ejemplo, P. Ormerod, “Problems of time-series econometrics” (1998).

precisamente la capacidad de fomentar esa innovación de modo persistente lo que distingue al capitalismo de todas las otras formas de organización económica en la historia del mundo. En muchos aspectos, el período previo a la Primera Guerra Mundial fue una expresión más compleja de la globalización que nuestra época actual, y precisamente durante esa época se sentaron las primeras bases del Estado benefactor moderno.

Novak, al igual que muchos derechistas norteamericanos, no logra comprender que la socialdemocracia europea es ahora, y en la práctica siempre ha sido, sólo otra especie de un género más amplio que es el capitalismo. Su retórica, sus instituciones y su manera de abordar muchos problemas son distintas del capitalismo a ultranza predicado por muchos miembros del Partido Republicano, pero en el fondo encierra un profundo compromiso con las condiciones básicas necesarias para el funcionamiento de una economía capitalista. Lo más importante, se necesitan derechos de propiedad privada —principalmente para las innovaciones y los flujos de utilidades que traen aparejados— y el imperio de la ley.

Durante la mayor parte de este siglo los socialdemócratas han visto al Estado y a la actividad estatal como instrumentos de progreso. Los primeros cien años de capitalismo industrial estuvieron asociados a estilos de vida de la clase trabajadora que podrían describirse, a lo menos, como desoladores. Desde *La situación de la clase obrera en Inglaterra* (1844), de Friedrich Engels, hasta *Ragged Trousered Philantropists* (1907), de Robert Tressell, una nutrida serie de novelas y opúsculos clásicos relatan en forma gráfica la lucha cotidiana por la existencia que libraba el grueso de la población, en marcado contraste con el opulento estilo de vida de unos pocos afortunados.

Se llegó a considerar al Estado como el mecanismo adecuado para mejorar las circunstancias; según la literatura mesiánica, mediante la supresión y remoción del modo de producción capitalista. En un plano más práctico, el Estado apareció como la vía para regular la situación y hacer la vida un poco más tolerable; por ejemplo, limitando la jornada de trabajo (“¡Un día laboral de 10 horas para los niños! Bien, bien, ¿a qué creen que están jugando estos socialistas? Ya ni siquiera puedo hacer que mis niños trepen por la chimenea”), permitiendo que los trabajadores se organicen e introduciendo los rudimentos del Estado benefactor.

No obstante, en un contexto histórico más amplio, la tradición radical, en una actitud enteramente distinta frente al Estado, llegó a odiarlo y a temerlo como instrumento de opresión. Los ‘Igualadores’ (*Levellers*) y los ‘Cavadores’ (*Diggers*) de la Revolución Inglesa tuvieron tan poco tiempo

para Cromwell y su Estado como él para ellos. Tales actitudes perduraron por largo tiempo, y muchas de las tempranas reacciones defensivas de la clase obrera frente al capitalismo —que persistieron hasta bien avanzado el siglo 20— reflejaron esta tradición. Los trabajadores organizaron mutualidades para prestaciones de salud, ayuda a los ancianos y desempleados, e incluso educación con un sistema de autoayuda, lo que por lo general ocurría al mismo tiempo que el Estado aumentaba la prestación de servicios similares.

El actual debate entre los socialdemócratas acerca del papel que debe cumplir el Estado puede verse, en realidad, como una manera de resucitar esta antigua tradición radical. Durante una época relativamente breve el Estrado *fue*, sin lugar a dudas, un instrumento de progreso. Incluso Novak admite que el Estado benefactor es compatible con el respeto de los derechos humanos, con niveles de prosperidad sin precedente, con un aumento significativo de los años de vida y de la calidad de vida de los ancianos (p. 21).

Aun así, resulta un disparate creer que sólo el Estado puede seguir siendo el motor de la sociedad, postura que desgraciadamente mantienen muchos miembros de la izquierda europea, y que los deja expuestos a ataques destemplados como los de Novak. Por citar sólo un ejemplo, mucha gente de la clase media británica ha logrado promoverse y ocupar cargos en el sistema de gobierno local. Cualquiera sea la opinión que uno tenga de sus capacidades intelectuales en general, ellos, por cierto, han demostrado una notoria habilidad para proliferar, reclasificarse y conseguir ascensos que les reportan sueldos cada vez más altos, y también para dirigir servicios a la ciudadanía local que se han deteriorado por los “recortes de presupuesto”. En un área relacionada, no hace mucho se estimó necesario formar una unidad de evaluación de la calidad, con el fin de supervisar el rendimiento de los Consejos de Capacitación y Empresa (CCE). Se trata de un sector donde bien podría haberse dejado que el mercado decidiera por sí mismo, poniendo a las empresas locales como árbitros para determinar si corresponde o no pagar por los servicios de los CCE. No obstante, el director ejecutivo de la nueva unidad contará pronto con dos flamantes delegados, 20 funcionarios de tiempo completo y, aunque parezca sorprendente, no menos de 500 empleados de jornada parcial. ¡Oh, Gosplan, deberías estar vivo en este momento!

Irónicamente, dado su apego al libre mercado, Novak tiene una visión demasiado pesimista de la fuerza y la capacidad de reacción del capitalismo. Es el único tipo de sistema económico en la historia de la humanidad que ha sido capaz de generar un crecimiento sostenido por

períodos prolongados. Las economías planificadas del bloque soviético, de hecho, dieron la impresión de plantear un desafío —tanto así que todavía en los años sesenta muchos estadounidenses temían que su país fuera alcanzado y superado económicamente por la Unión soviética—, pero resultaron ser incapaces de llegar más allá de las fases iniciales de la industrialización y la acumulación de capital.

El éxito del capitalismo se ha dado en diversos escenarios que han tenido como telón de fondo una variedad enorme de instituciones y regímenes políticos. Hasta la propia democracia liberal no parece ser una condición necesaria para que el capitalismo eche raíces y prospere, a juzgar por las circunstancias en que, por ejemplo, Japón se desarrolló en un principio, o por las diversas experiencias que se vivieron en Alemania durante la primera mitad de este siglo, o en los países de Asia Oriental en décadas más recientes.

Con todo, en las décadas finales del siglo 20 hemos visto un grupo de naciones occidentales que han disfrutado de un grado de riqueza superior al imaginado por las sociedades anteriores, con niveles de ingreso per cápita relativamente similares, y con tasas de crecimiento económico casi análogas por espacio de más de un siglo.

Paradójicamente, lo que ha demostrado ser el mecanismo más importante de justicia social es el modo de producción capitalista y no el concepto de socialdemocracia. La capacidad del capitalismo de generar un crecimiento lento, pero sostenido, es lo que ha mejorado las condiciones de vida de las personas, ha permitido afrontar los costos del Estado benefactor y ha liberado a muchos millones de personas de una vida de penurias y fatigas incesantes. Durante las seis décadas que median entre los escritos de Engels y Tressell, en Gran Bretaña, por ejemplo, el salario real prácticamente se duplicó. Las condiciones que afrontaban los pintores de brocha gorda de Tressell en la época eduardiana eran peores que cualquier situación observada hoy en día, pero gracias al crecimiento económico ellos vivieron en condiciones mucho mejores que las que debieron padecer sus colegas en la década de 1840.

Los programas abiertamente socialdemócratas destinados a promover la justicia social han tenido un efecto de segundo orden de importancia si se compara con la repercusión del crecimiento económico. Y, sin duda, muchos de esos planes han tenido consecuencias nefastas inesperadas. Sin embargo, tales resultados son inevitables cuando se intenta administrar sistemas muy complejos como las economías y sociedades modernas. A decir verdad, cuesta creer que durante la década de 1980 los partidarios del libre mercado en los Estados Unidos hubieran pretendido llegar a la situa-

ción que hoy vemos en Manhattan, donde al tiempo que muchos celebran la ganancia de siderales dividendos y consideran que un millón de dólares no es más que ‘dinero para propina’, miles de sus compatriotas hacen cola frente a los comedores de beneficencia.

En muchos sentidos, Adam Smith —no sólo el de *La riqueza de las naciones*, sino también el de la *Teoría de los sentimientos morales*— fue uno de los primeros socialdemócratas de la era moderna. Smith hizo hincapié en el clima moral en que operan la economía y la sociedad, y consideraba que una importante función del Estado consiste precisamente en ejercer poderes para respaldar esa armazón. Una de sus preocupaciones especiales, por ejemplo, era el efecto de la división del trabajo en la calidad de vida de los trabajadores pobres. Este principio de organización reporta enormes beneficios materiales, pero había hecho que muchas personas se volvieran “no sólo incapaces de gozar de una conversación racional o de tomar parte en ella, sino también de concebir cualquier sentimiento generoso, noble o tierno”. Para Smith, al Estado le cabe una función muy importante, cual es la de abordar este problema entregando un nivel de educación suficiente para que cada ciudadano sea capaz de ejercer un apropiado nivel de “virtud” intelectual y social.

Parece absurdo sostener que en una época de riqueza y prosperidad sin precedente, las naciones occidentales no sean capaces de financiar el Estado benefactor, como también resulta ingenuo permanecer estancados en un modelo de progreso que resultó ser válido a fines del siglo pasado. Pero los principios rectores de la socialdemocracia, cualquiera sea su manifestación en la práctica, siguen siendo tan válidos hoy como en la época de Adam Smith. Y la concepción socialdemócrata del ser humano, según la cual los individuos operan dentro de una sociedad y tienen obligaciones mutuas, ha sido y sigue siendo del todo compatible con el funcionamiento de una economía exitosa basada en el mercado.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Maddison, A. *Monitoring the World Economy, 1820-1992*. París: OCDE, 1995.
- Novak, Michael. “La crisis de la socialdemocracia”. *Estudios Públicos*, 74 (otoño 1999).
- OCDE. *Economic Outlook*. Junio de 1993.
- Ormerod, P.; y Rowthorn, R. “Keep it in the family”. *The Guardian*, 25 de noviembre de 1996.
- . “Problems of time-series econometrics”. En P. Arestis, J. Grahl y S. Daniel (eds.), “Applied Economics: Festschrift for Bernard Corry and Maurice Peston”. Aldershot: Edward Elgar, próximo a publicarse, 1998.
- Solow, R. Conferencia sobre Keynes, British Academy, 1997. □